

PRÓLOGO

Salvo aconsejar sin reservas, de forma clara y decidida, que se lea y que se estudie el libro, es difícil añadir algo especial al buen trabajo sobre ética empresarial y directiva que nos ofrecen Enrique Campomanes y Luis Díaz Marcos. Es una reflexión seria y comprometida sobre un tema que se ha ido convirtiendo en uno de los temas más decisivos para la calidad democrática, la convivencia social y la eficacia económica. Es posiblemente “el tema”, la “conditio sine qua non” de un futuro digno.

El origen de esta crisis mundial reside en un intensísimo déficit ético en el mundo financiero anglosajón y desde entonces hasta nuestros días el déficit no ha mejorado en ningún país ni en ningún sentido. Seguimos envueltos en la cultura del dinero fácil, que genera una codicia incontrolable que a su vez conlleva un desarrollo creciente de la corrupción, un fenómeno sobre el que conviene tener tres ideas básicas:

- La corrupción daña gravemente el crecimiento económico y perjudica de manera especial a las clases menos favorecidas y a los países más pobres. Es, según el Banco Mundial, “uno de los mayores obstáculos al avance económico y social”. Esta es, sin duda, la idea clave.
- La corrupción no está descendiendo. Aumenta sin cesar tanto en los países más desarrollados como en los emergentes. El mapa mundial de la corrupción que publica anualmente Transparencia Internacional demuestra gráficamente el dramatismo del problema.
- Siempre habrá algún grado de corrupción, pero su dimensión actual podría reducirse sustancialmente, incluso a corto plazo, con medidas relativamente simples y sencillas. Bastaría con superar –y son superables– algunos obstáculos y actitudes perversas en el mundo político y sobre todo las resistencias de grupos financieros.

Una institución pública, el Banco Mundial y una organización privada, Transparencia Internacional, lideran la lucha contra este fenómeno y en ambos casos su mensaje es muy claro y muy firme: la transparencia no elimina radicalmente la corrupción, pero la vigila y la dificulta grandemente. Hay que lograr, por ello, que todas las instituciones internacionales y nacionales, que todas las comunidades autónomas, todos los ayuntamientos, todas las asociaciones y empresas públicas y privadas, todas las organizaciones sindicales y empresariales y, desde luego, todos los medios de comunicación y todos los partidos políticos ofrezcan la máxima transparencia en cuanto a organización y funcionamiento. Los ciudadanos deben tener, no ya la posibilidad, sino un auténtico derecho a conocer cualquier dato de esas entidades, incluyendo retribuciones y salarios, compras o ventas de bienes y servicios, transacciones significativas y, en general, cualquier información que pueda interesarles, sin otro límite que el que se derive de temas de seguridad o protección justificada de la privacidad. Eso es lo que busca la Ley de Transparencia que se está discutiendo en estos días en el Congreso, con más lentitud de la necesaria. Va a ser un instrumento importante. No será, como ya se ha dicho, el antídoto absoluto para evitar el 100% de la corrupción pero generará un clima nuevo más propicio para facilitar conductas éticas, tema al que este libro dedica una atención especial.

Sus autores se inclinan decididamente –siguiendo la línea de Juan Antonio Marina, Fernando Savater y Adela Cortina, y del pensamiento académico anglosajón en su conjunto, por conectar la ética con conceptos como eficacia, sostenibilidad, rentabilidad, justicia e incluso felicidad. Hay que huir, como de la peste, de una ética que prohíbe todo, que limita sin límite la capacidad de acción, que vive al margen de la realidad y de la condición humana. Hay que huir también de una ética aparente y formal. Una ética burocrática. Una ética demasiado “light” para poder cambiar actitudes, conductas y hábitos muy arraigados. Necesitamos un tratamiento más radical, más intenso, más auténtico.

El libro de Campomanes y Díaz Marcos es un libro útil y es, además, un libro valiente. No rehúye ni un solo tema de los que podrían calificarse como de temas límite y plantea con rigor ejemplos concretos de cómo conducirse en situaciones frecuentes en la vida

empresarial. Sugiero al lector que lea el índice del libro con todo interés y cuidado para darse cuenta de la ambición y el rigor con que han querido acometer su trabajo.

Vivimos una época fascinante en términos intelectuales e inquietante en muchos otros aspectos, en la que los primero que tenemos que aprender es a vivir y a convivir con altos índices de inseguridad y de incertidumbre. Hay que evitar toda tendencia al dogmatismo y a la simplificación, Ya no hay problemas fáciles. Como afirma Wagensberg “el progreso es esencialmente un avance hacia la complejidad”. Pero ni la complejidad ni la incertidumbre, ni la inseguridad deben detenernos. Es inútil y estéril protestar contra las nuevas realidades. La ética es, sin duda, el más inteligente apoyo al que debemos recurrir para navegar en unas aguas que van a obligarnos a procesos de adaptación cada vez más intensos y acelerados. Ese es el signo de la época.

Por eso la lectura de este libro merece de verdad la pena.

Antonio Garrigues Walker
Presidente de Garrigues
Mayo de 2013